

LA LEYENDA DE EL DORADO

Y OTROS MITOS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

CHRISTIAN KUPCHIK



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América.

Autor: Christian Kupchik

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman

Diseño de interiores y maquetación: Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-546-2

Fecha de edición: Octubre 2008

Printed in Spain

Imprime: Graphycems

Depósito legal:

A mis hijos,
Kim, Miki, Chiara.
Por los prodigios a descubrir.
Por las utopías a conquistar...

Fue maravilloso descubrir América,
pero hubiera sido más maravilloso no encontrarla.

MARK TWAIN

Si quitáramos la ambición y la vanidad
¿dónde quedarán los héroes y los patriotas?

SÉNECA

Índice

INTRODUCCIÓN	15
Los vértigos de la Impostura	17
CAPÍTULO 1: GIGANTES, PIGMEOS Y CARIBES	23
La isla de los gigantes	25
Los patagones	27
De los reinos de los deformes.....	31
CAPÍTULO 2: LOS POLINESIOS EN AMÉRICA	35
Restos animales y estiramientos	39
Los calibes	40
La isla de los antropófagos	44

CAPÍTULO 3: LAS AMAZONAS	49
Matinimo, el reino de las mujeres	53
Las amazonas del pecho amputado	56
La relación de Carvajal: el descubrimiento de (las) Amazonas	58
Noticias de amazonas en el continente entero.....	62
CAPÍTULO 4: LOS COLORES DE LA VERDAD	67
En torno al mito	69
Las vírgenes del Sol.....	72
Deconstruyendo amazonas	79
CAPÍTULO 5: LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD	83
Fons juventutis.....	85
Las fuentes de La Florida	87
El río rejuvenecedor.....	89
CAPÍTULO 6: LAS SIETE CIUDADES ENCANTADAS	93
Cibola en América	94
La balada de Estebanico, el negro	097
Los enviados a las Siete Ciudades.....	099
Muerte y suerte de Estebanico.....	101
Cibola, el reino móvil	103
CAPÍTULO 7: EL DORADO.....	107
El mar sin fin	110
El cacique Guatavita	113
CAPÍTULO 8: EL SUEÑO SIN FIN	119
Entre la confusión y los mitos	124

CAPÍTULO 9: LOS FALSOS DORADOS	129
El relato de los indios brasiles	132
La provincia de Meta.....	136
A la caza del “Nuevo Reino”.....	140
CAPÍTULO 10: EL PAÍS DE LOS OMAGUAS	145
Raleigh y las minas de Orinoco.....	148
El fantasma de Humboldt	153
CAPÍTULO 11: EL REINO DE PITITI	159
Memorias de una “trampa”	161
El hogar del Sol	164
El “otro” Cusco.....	167
Los pájaros invisibles	170
La ruta posible	171
CAPÍTULO 12: EL REY BLANCO Y EL LAGO DONDE DORMÍA EL SOL	175
El imperio subterráneo.....	179
CAPÍTULO 13: EL INCA CONDORI	191
La mala entrada	195
CAPÍTULO 14: LA CIUDAD DE LOS CÉSARES	199
La horrible boca del estrecho	203
Los naufragos del obispo.....	205
La ciudad de los muertos.....	208
CAPÍTULO 15: TRAPALANDA.....	211
Los césares fantasmas.....	214
Los gigantes de la Patagonia	219
La ciudad de los seres inmortales.....	221

El fin de los sueños.....	224
CAPÍTULO 16: EL DORADO EN EL ARTE	227
Los “Dorados” contemporáneos	232
La meseta dorada	234
Los sueños del coronel	237
Se dice que se dice.....	238
La fuerza de una obsesión	242
Los pasos perdidos.....	243
¿Reyes o prisioneros?	246
El último intento	248
CAPÍTULO 17: ENTRE LA AMBICIÓN Y LA UTOPIA.....	251
CRONOLOGÍA: DESCUBRIMIENTOS Y QUIMERAS	267
CONCLUSIONES	281
BIBLIOGRAFÍA	283

Capítulo VI

Las siete ciudades encantadas

Cuenta una antigua leyenda portuguesa medieval, que al tiempo que se sujetó a los paganos que vinieron de África, dicha isla Antilla llamada Septe Ritade, fue habitada por un arzobispo de Porto, Portugal, y otros seis obispos, con un número de cristianos, hombres y mujeres, que habían pasado huyendo de España con sus ganados y bienes.

En verdad, ya Estrabón había situado en las proximidades de los Calibes asiáticos a los heptacómetas, o habitantes de las Siete Ciudades (no deja de ser un dato curioso que el archipiélago canario esté compuesto asimismo por siete islas: Lanzarote, Fuenteventura, Canaria, Tenerife, Gomera, Palma y Hierro).

Lo cierto es que durante sus oscuras expediciones, los navegantes medievales no dejaron nunca de soñar con la misteriosa Antilia ni de buscar a los siete obispos que las poblaban y gover-

naban. Hubo quienes hablaron de Antilia y las Siete Ciudades como de dos islas gigantes, distintas e igualmente perdidas en la tenebrosa inmensidad del océano ignoto.

Durante largo tiempo las cartas marinas las señalaron al occidente del Atlántico (desde el mapa de Pizigani, de 1367, hasta el globo de Shöner, de 1523, pasando por los diferentes portulanos: siempre en una posición distinta); incluso en el mapa de Bianco al norte de Antilia aparece indicada otra ínsula llamada la Isla de la Mano de Satanás, que se esfumó tan misteriosamente como había nacido.

Los geógrafos creían ciegamente en su existencia, al punto que se señala que el primer navío en llegar a la isla de las Siete Ciudades fue español (1414), y en 1447 se aseguró que una nave portuguesa fue arrastrada hasta las costas de una de las Siete Ciudades.¹⁸

Los navegantes, en tanto, escrutaban los confines del océano con la ilusión de arribar, algún día, a las olvidadas orillas de los siete obispos que huyeron de Portugal.

CIBOLA EN AMÉRICA

Una vez recibida la noticia del descubrimiento de América, mientras algunos suponían haber llegado a la India y otros a la Atlántida o a las Hespéridas, la leyenda de los siete obispos refugiados en una tierra desconocida se mantuvo latente hasta mediados del siglo XVI. La Antilia perdida en la inmensidad del océano siguió marcando su inasible presencia en todos los mapas de la época.

En 1539 la fama de las Siete Ciudades misteriosas se expandió con fuerza por toda la Nueva España a partir de un testimonio

¹⁸Horn, G.: "De originibus americanis". 1652.



Inscripción dejada por Marcos de Niza en 1539 en lo que ahora es el South Mountain Park de Phoenix.

de un fraile franciscano llamado Marcos de Niza, quien aseguraba haber dado con las Siete Ciudades de Cibola o del Nuevo México. Carlos F. Lummis afirma que fray Marcos fue:

...el primero en explorar las tierras desconocidas que Cabeza de Vaca había oído a los indios, cosas estupendas que él no había visto, como las Siete Ciudades de Cibola llenas de oro.¹⁹

¹⁹Lummis, Carlos F.: *Los exploradores españoles del siglo XVI*. Madrid, Espasa-Calpe, 1952. La apreciación de Lummis, no obstante, no es del todo exacta: los naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, si bien constituyen una de las mejores obras en su registro, no mencionan ni una sola vez ni a las Siete Ciudades ni a ningún otro país maravilloso.

En realidad, según Jerónimo de Mendieta, fray Marcos no habría hecho más que confirmar lo que otro fraile ya había descubierto.

En efecto, en su *Historia eclesiástica indiana*, Mendieta refiere que en 1538 fray Antonio de Ciudad Rodrigo envió a tres hermanos en busca del mar del Sur. Solo uno de ellos logró andar:

...más de doscientas leguas, y durante cuasi todo ese camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida, y que tiene casas de terrado, y no solo de un alto, sino de muchos sobrados (...) Y de aquellos pueblos traían muchas turquesas (...) En demanda de esta tierra habían ya salido muchas y gruesas armadas por mar y ejércitos por tierra, y de todas las encubrió Dios y quiso que un pobre fraile descalzo las descubriese primero que otros.²⁰

Luego Mendieta atestigua cómo fray Marcos:

...por certificarse de lo que aquel fraile había publicado, quiso ponerse a todo trabajo (...) y fue con la mayor brevedad que pudo. Y hallando verdadera la relación y señales que había dado el fraile de las comarcas donde había llegado, dio la vuelta a México y confirmó lo que el otro había dicho.

Es de advertir que Mendieta fue contemporáneo de fray Marcos, e incluso se conocieron en persona.

²⁰Mendieta, Jerónimo de: "Historia eclesiástica indiana". Estudio preliminar y edición a cargo de Francisco Solano de Pérez-Lila. Madrid, Atlas, 1973.

LA BALADA DE ESTEBANICO, EL NEGRO

De todos modos, sin pretender menoscabar los méritos de Marcos de Niza, las primeras noticias de las Siete Ciudades en el Nuevo Mundo son fruto de la febril imaginación del negro Estebanico. Este personaje, Estebanico de Orantes, fue un esclavo al servicio de Andrés Dorantes de Carranza (el apellido, en realidad, corresponde a su amo, como solía suceder con los esclavos), que acompañó a Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Alonso del Castillo Maldonado en la travesía del continente americano como sobrevivientes de la desastrosa expedición del inepto Pánfilo de Narváez.

Será precisamente Cabeza de Vaca quien suministra escueta información sobre nuestro personaje: Estebanico, nos dice, es negro alárabe, natural de Azamor. Se trata de un pueblo de Marruecos, Azemmour, situado al norte de la desembocadura del río Oum Rbian.

Recordemos que el norte de África era una importante fuente de esclavos para los españoles que los necesitaban como sirvientes para refrendar su nivel social.

Sabemos que Estebanico era cristiano, pues deja constancia de tal calidad Cabeza de Vaca. Probablemente no sabía ni leer, ni escribir, pues no pudo dejarle mensajes escritos a fray Marcos de Niza, solo cruces de distintos tamaños en señalización de qué tan próximo se encontraba de las siete ciudades. Por lo demás, la veintena de referencias que nos ofrece Álvaro Núñez se limitan simplemente a señalar que Estebanico era negro.

Existen dos posibilidades que explican la conciencia del mito en boca de Estebanico. La primera es que haya escuchado en Europa la antigua leyenda de los siete obispos huidos de Portugal, cuyas ciudades muy bien podrían estar ocultas en aquellas regiones incógnitas que cada día revelaban nuevas sorpresas.

Capítulo XII

El Rey Blanco y el lago donde dormía el Sol

No solo los relatos de los indígenas foguearon la fantasía de los conquistadores en busca de universos dorados. También los hubo de plata. Los guaraníes de la costa brasileña, por ejemplo, contaban que muy al Occidente se encontraba la riquísima tierra de los caracaraes, dominio del Rey Blanco, caracterizada por una gran sierra de plata (es decir, de plata maciza), ríos de oro y otras indescriptibles maravillas. Entrando por el Río de la Plata se podían cargar los barcos con metales preciosos, aún lo más grandes.

Los súbditos del Rey Blanco, decían, llevaban sin excepción coronas de plata en la cabeza y planchas de oro colgadas al cuello.

Obviamente, muchos exploradores españoles fueron deslumbrados por las constantes noticias que daban los indios sobre la Sierra de la Plata y del imperio grandioso que se encontraba hacia

el occidente ignoto, custodiado por un gran dragón invencible. A este dragón bien lo podría representar la impenetrable selva del gran Chaco, y era muy difícil de vencer.

Como se ha visto, en tiempos anteriores a la conquista española, los incas irradiaron esplendor y riqueza por toda América del Sur. Los guaraníes, a su vez, realizaron grandes migraciones hacia las tierras incaicas del Perú con ánimo de conquista, pero siempre fueron expulsados. Algunos, en su regreso, se establecieron en el gran Chaco y en las tierras paraguayas. Ya en las costas del Brasil, se encargaron de divulgar la fama de la Sierra de la Plata, de las ricas minas de Charcas. La noticia contenía elementos verídicos, pero aparecía deformada por el reflejo incaico, y mal calculada en su distancia del cerro Saigpulum, luego descubierto y llamado Potosí por los españoles.

Corría el año 1516 cuando tuvo lugar la primera búsqueda. Tres naves volvían a España por el río Paraná Guazú tras haber descubierto ese inmenso río-océano al que Juan Díaz de Solís llamó Mar Dulce. Los huesos del gran capitán quedaron junto con los de varios compañeros en esas playas, luego de una matanza seguida de un ritual antropofágico del cual solo se salvó, de todo el grupo de desembarco, el grumete Francisco del Puerto.

Luego, la pequeña flota pasó, sin su almirante, junto a la isla Yuruminrin, que más tarde Sebastián Caboto bautizaría con el nombre de Santa Catalina, en la costa del Brasil. Una de las carabelas, retrasada, naufragó en el Puerto de los Patos, la costa frente a la isla; y ahí quedaron abandonados dieciocho tripulantes.

Estos náufragos se enteraron de la historia de la Sierra de la Plata. Uno de ellos, Alejo García, decidió realizar una expedición en su busca. Hay que aclarar que estos españoles eran náufragos en tierra indígena, y que estaban a casi dos mil kilómetros de Potosí. El audaz Alejo García, con cuatro de sus compañeros, logró alistar a varios cientos de guaraníes, algo que no le costó mucho, ya que

estos realizaban migraciones cada determinada cantidad de años hacia esa zona.

La expedición cruzó las extensas selvas brasileñas y logró llegar a las sierras de Potosí, la ansiada Sierra de la Plata. Corrieron muchos peligros y guerrearon contra numerosos indígenas a su paso. Cuando García volvía de esta arriesgada expedición, cargado de oro y de plata, fue atacado y muerto por indígenas, y su expedición deshecha. Solo algunos guaraníes y un hijo (americano) de García lograron regresar al Puerto de los Patos, donde estaban los demás náufragos a quienes les contaron las maravillosas historias sobre las inmensas riquezas y la muerte de sus compatriotas, que luego recorrerían la costa brasileña. Se cree que esta expedición ocurrió no mucho antes de la llegada de Caboto al Río de la Plata, hacia 1525.

Las noticias de la Sierra de la Plata corrían por toda la costa del Brasil, desde Pernambuco hasta el Río de la Plata, el cual obtiene su nombre por ser la vía más rápida hacia la famosa sierra, y no porque hubiera plata en sus costas. Estas noticias habían llegado a España en las naves de Solís; del portugués Cristóbal Jacques, que se encontró con el grumete Francisco del Puerto (sobreviviente de la matanza de Solís) en el Río de la Plata; de Rodrigo de Acuña; y de aquel castellano que en 1521 habló con nueve náufragos de Santa Catalina y subió por el Río de la Plata un buen trecho.

Estas buenas nuevas y los rumores sobre el imperio incaico se habían extendido por la costa brasileña hasta la boca del inmenso río de Solís. Y habían llegado hasta España clavándose como una obsesión en la mente de Sebastián Caboto.

Caboto firma con el rey de España una capitulación para ir a las islas Molucas (en el sudeste asiático). Llegó a la costa del Brasil el 3 de junio de 1526; fondeó en Pernambuco, en una factoría portuguesa. Durante su larga estancia allí, Caboto decidió, si es

que no lo había hecho en España, explorar el río descubierto por Solís. Había obtenido bastante información sobre la existencia de grandes cantidades de metales preciosos.

Anoticiado de la existencia de los naufragos, Solís los recoge en su camino al Río de la Plata. Solo quedaban dos, Enrique Montes y Melchor Ramírez, los cuales exageraron sobremanera las riquezas que existían en la zona del Plata. En el Río de la Plata solo encontraron hambre y desastres. Con las mismas “riquezas” se encontró Diego García de Moguer (exintegrante de la expedición de Solís), quien al igual que Caboto, había conseguido la capitulación para ir a las Molucas, y la violaba igual que aquél, para explorar el Río de la Plata atraído por las riquezas de la famosa sierra.

Caboto y García regresaron a España sin poder encontrar nada, solo llevaron consigo más leyendas que atraerían a más españoles al Río de la Plata.

Todas las noticias que llegaban del Perú y de la todavía esquiva Sierra de la Plata, prepararon la armada de don Pedro de Mendoza, la cual se hizo a la vela con más de dos mil hombres para defender la Línea de Tordesillas contra los avances de los portugueses, que por el Brasil pretendían alcanzar las minas peruanas.

Mucho fue el hambre que se pasó luego de la fundación de Buenos Aires en 1536. Juan de Ayolas, decidido a llegar a la Sierra de la Plata, se lanzó aguas arriba del Paraná. Poco más tarde salió Juan de Salazar de Espinoza llevando una ayuda que no pudo llegar a tiempo.

Desde el alto Paraguay Ayolas cruzó el Chaco, dejando en un puerto a Martínez de Irala con treinta y tres hombres. Luego de muchos contratiempos llegó a las minas de Charcas y, al igual que Alejo García años antes, cargó todo el oro y plata que pudo. Sus hombres estaban muy debilitados y eran pocos; esto decidió a los indígenas que los acompañaban a sublevarse y matarlos a palos

estando muy cerca de la meta, como revelarían algunos “indios amigos”.

Mientras Salazar fundaba la actual Asunción del Paraguay, Irala, que llegaba hasta las mismas puertas del Perú, descubría que hacía tiempo que otros españoles ya dominaban esas tierras. El mito de la Sierra de la Plata comenzó entonces, como gotas de lluvia, a diluirse en el olvido.

EL IMPERIO SUBTERRÁNEO

Mientras en el Paraguay comenzó a disiparse la ilusión de la Sierra de la Plata, desde las profundidades del Chaco impenetrable no tardaron demasiado en surgir otras “noticias” excitantes. Algunas eran proporcionadas por los indígenas, y el relato los conquistadores –y que estos recreaban– abundaba en lo que ya se había oído, ignorando cuál había sido el principio. La imaginación veía un país misterioso, un imperio fantástico, un lago de extrañas supersticiones.

En aquella confusión de historias se entremezclaba también la creencia en fabulosos tesoros escondidos, tanto en lo más abrupto de las sierras, como en lo más hondo de los subterráneos secretos que se suponía existían en todas las antiguas ciudades incaicas.

En Perú se tenía la certeza de que Manco Inca se retiró con grandes tesoros y mucha gente a las montañas de los Andes, y creó allí una suerte de imperio subterráneo. No solo se esperaba descubrir el tesoro de Manco Capac, sino también los de todos los monarcas difuntos. Tanto Cieza de León, como el padre Acosta, el Inca Garcilaso, y hasta el indio Juan de Santa Cruz Pachecutec, atestiguan que las riquezas de los incas se encerraban en sus sepulcros, pues se dedicaban al servicio del difunto como si este se hallase en vida. Muchos de estos tesoros fueron descubiertos y